

Ó La Semana Atómico-Nuclear de Santander

Heisenberg habla para LA VANGUARDIA

Santander, 22, 12 noche. (Crónica telefónica de nuestro enviado especial.) — He conseguido lo que me proponía, o, mejor dicho, lo han conseguido los lectores de LA VANGUARDIA.

Heisenberg, Premio Nobel, director del Instituto Max Blanck de Física y del Consejo Alemán de Investigaciones, me ha concedido una entrevista. La única que celebrará en los tres primeros y únicos días que pasa en España, camino de Boston. Me dice que no la hubiera concedido al periodista, pero que la concede al colega.

A las diez acudo puntual a su cita. Está desayunando todavía. Toma cosas inverosímiles: leche, tostadas, melón.

Es un hombre de cuarenta y nueve años, de estatura mediana, cara redonda y pelo rubio, entrecano. Aquella juventud inquieta que revelaban las fotografías de hace veinticinco años, cuando revolucionó la Física con su célebre principio, parece apagada por los últimos años de lucha, de trabajo y de responsabilidad. Sus ojos azul claros, son vivos; pero en su mirada, que no fija, hay recelo. Es afable; pero algo en él, no sabemos qué, desconfía.

Estamos ante el hombre que hubiera podido cambiar la faz del mundo en un momento de lucidez. El era el alma del grupo de Von Gerlach, que dirigía la bomba atómica alemana. ¡Si hubiera encontrado la manera de frenar los neutrones...! Pero no le ha ido mal del todo. Unos meses prisionero en Inglaterra, y otra vez a su cátedra en Gotinga.

No habla español ni francés. Aunque domina el inglés, prefiero hablar con él en alemán. Espero que en su lengua nativa sea más espontáneo.

Muy cortés, me invita a asietearle a preguntas que es a lo que precisamente he venido. Para no asustarle demasiado, empiezo por cuestiones técnicas.

—¿Cómo ve usted el porvenir de la ciencia nuclear? ¿Cree usted que hay que esperar todavía grandes descubrimientos?

—No lo creo. En estos últimos años de trabajos intensísimos parece haberse encontrado todo lo esencial. Claro está que no se sabe todo lo que se está haciendo, pero no parece que hayamos de esperar descubrimientos sensacionales.

—¿Cree usted en una estructura del núcleo y mantiene todavía los conceptos del nucleón que nos dió en 1930?

—Sí; desde luego.

—¿Y el del neutrino de Sermi?

—También.

—¿No cree usted que la otra concepción, la que yo defiendo en mis trabajos que usted ya conoce, y que parte precisamente de su concepción de tiempo, pueda llevar a una cuantización de espacio-tiempo de la que derive un núcleo partícula elemento?

—Esto es otro modo de considerar el problema. Desde luego, es lógico. Puede ser una cuestión de nomenclatura, o de imagen o modelo. Todo depende de cómo se trate matemáticamente el problema.

—¿Qué opina usted de la bomba de hidrógeno? —le pregunto de repente, y confieso que con la insana intención de cogerle desprevenido. Pero él, después de decirme algunas cosas, se arrepiente y me dice que no diga nada de ello. Así lo hago, y pasamos a las cuestiones filosóficas.

—Su famoso principio de incertidumbre —le digo— ha sido interpretado filosóficamente por varios físicos, de distintas maneras. Tres, típicas, serían, quizá, las de Einstein, Blanck y Eddington. ¿Cómo las enjuicia usted?

—De Einstein no conozco la posición exacta. La de Blanck, me parece muy sensata; y la de Eddington al principio era razonable, pero en sus últimos años hay mucha fantasía.

—En sus últimas obras no trata Eddington del principio de incertidumbre (por lo menos filosóficamente) y en las primeras su posición es diametralmente opuesta a la de Blanck —me atrevo a objetarle. Y nos enzarzamos en una larga discusión, difícil de resumir aquí.

—¿Puede usted insinuarle su posición filosófica? ¿Es usted escolástico?, ¿kantiano?, ¿determinista?

—Es difícil contestarle. Ni en la época de Santo Tomás ni en la de Kant había física nuclear.

—¿Puede usted decirme al menos si considera el espacio y el tiempo como dados a «priori» o a «posteriori»?

—Creo que a «priori». Pero no me parece que esto influya en las bases de la Física. El biólogo Lorenz habló de los esquemas natos que están sometidos a la evolución. Me parece que el espacio tiempo a «priori» puede también seguir una evolución parecida.

Y, por último, abordamos las cuestiones políticas.

—¿No es ningún secreto —le digo— que la actuación de los científicos atómicos alemanes durante la guerra ha sido muy criticada desde el punto de vista técnico?

—He expresado mi punto de vista sobre esto, en un artículo de «Nature», de Londres, a principios de 1947. Los datos científicos, los teníamos todos. Lo que nos faltaba era el potencial industrial de los Estados Unidos. Sin grandes recursos no se podía hacer nada.

—¿Y usted cree que incluso si los hubiera tenido, Hitler daba la suficiente importancia a las armas atómicas para ponerlo a su disposición?

—Sí, desde luego. Hasta 1942 no se dió una orden general según la cual debíamos continuar trabajando tan sólo si en seis meses nos creíamos capaces de encontrar una arma decisiva. Claro está, era imposible. Pero, repito, las bases puramente científicas las teníamos todas. Contra lo que se ha dicho, conocíamos el plutonio, ya en 1940, aunque con otro nombre.

—Pues de los trabajos que se publicaban en Alemania entonces sobre esto, que eran casi exclusivamente los de Hahn y su escuela, no se deduce,

—Es que se mantenían secretos.

—¿Qué opina usted de los ataques de que ha sido objeto en América por colegas compatriotas suyos, como el propio Einstein, Bethe y por Goudimítz?

—Conozco el libro de Goudimítz, y puedo asegurarle a usted que parte de bases falsas. Por lo menos entonces conocía mal los hechos. Se sirvió de informaciones incompletas o erróneas.

—Y mirando al futuro —le digo para terminar—, ¿es usted optimista o pesimista respecto al empleo de la energía nuclear?

—Optimista —me dice sin vacilar—. La energía nuclear tiene aplicaciones muy sensatas y útiles. Y aunque es difícil vaticinar nada, no creo en la guerra. Le doy las gracias en nombre de LA VANGUARDIA y de sus lectores por su amabilidad para con nosotros.

El mira las notas que he tomado, y me pregunta si puede leerlas. Se las entrego con mucho gusto, pues me quito la responsabilidad de haberle interpretado mal. Corrige algunos detalles insignificantes y me las devuelve satisfecho.

—«Fehr gut» —me dice. Muy bien.

—He aquí, pues, lo que el sabio alemán me ha dicho. El lector creará de ello lo que quiera. Yo también. —Miguel MASRIERA.